



COORDENADAS

A estos hombres tristes

Por **Antolín Magallanes**

El autor analiza el comportamiento de la clase media porteña, ese ser aspiracional que prioriza la supervivencia individual por sobre lo colectivo. El artículo rastrea los orígenes de este patrón sociocultural desde la creación de la ciudad-puerto, y advierte el desafío de encontrar otro sentido para la ciudad “donde el otro seamos todos, más allá de la General Paz y el Riachuelo”.

*Ríete al fin, que llorar
trae tanto frío...*

LUIS ALBERTO SPINETTA

I.

La ciudad de Buenos Aires siempre ha estado en tensión con el resto del país. Tal vez por su destino portuario, cumplió con ese rol de mirar el horizonte de la lejana Europa, como ha sido el destino de todas las ciudades-puerto de Sudamérica, que padecieron esa especie de “tupacamarización regional” a manos de fuerzas exteriores que se llevaban nuestras riquezas.

Esas fuerzas dejaron una impronta tremenda en estas ciudades que viven de añoranzas, siempre más proclives a ser puntos de intercambio con el afuera que a impulsar encuentros con el interior.

Ésta bien podría ser una primera aproximación para explicar comportamientos actuales de algunos sectores de nuestra sociedad.

Sin dudas Buenos Aires sufrió ese derrotero que la llevó a dejar de ser una ciudad baldía al sur del Alto Perú, ubicada en tierras pobres, alejadas del metal y la riqueza e impedidas por eso de realizar un desarrollo como las provincias del noroeste argentino, que hicieron sus emprendimientos de comercio y sus primeras industrias, convirtiéndose en el lugar de abastecimiento de aquel Alto Perú.

Recordemos por unos instantes que la primera aduana del territorio ofició como tal en la provincia de Córdoba, lo que denota la inversión del mapa que conocemos actualmente.

Esa situación de extramuros, esa condición lejana pero de importancia en la geopolítica del virreinato propició el armado de una pequeña ciudadela a orillas de un gran río color marrón que se hizo a la usanza de las prácticas de la época.

Sabemos todos de la afinidad por el contrabando que navegó estas riberas. Y sabemos que ese fue un tema muy serio para las autoridades españolas, pero también que se relacionó con otros que interesaban a los sectores acomodados de la época, como la ganadería y la tenencia de tierras en importantes extensiones.

He allí a los vecinos de la ciudad, primera resultante de la acumulación económica en el Río de la Plata, en una ciudad edificada sobre el fracaso de aquel conquistador que vino buscando el oro y la plata y que descubrió que en estas tierras no se hallaban. (Es importante detenerse en esto, pues tal vez allí aniden las formas que fueron torneando la idea que ve siempre mejor a lo de afuera).

Aquí se forma, recordando a Ezequiel Martínez Estrada, la relación directa entre la codicia y esa tierra que nada tiene, fundándose una idea de búsqueda permanente de la riqueza, a la vez que se masculla un desprecio fuerte por este lugar pobre y nativo.

Muchísimos años de guerras civiles y diferencias poblaron las páginas de nuestra historia, centrados en la relación de ese puerto creciente con el resto del territorio y en las políticas centralistas y unitarias impuestas al resto del país; mientras se buscaban alianzas con el indio y el gaucho para emplearlos en las luchas emancipadoras y después los transformaba en enemigos a la hora de utilizar los territorios liberados –recordemos esto para cuando hablemos de piquetes y cacerolas–.

Por eso Buenos Aires, en su permanente búsqueda de una centralidad política, desconoce sistemáticamente al interior hasta doblegarlo después de la batalla de Pavón. Ya el primer golpe de Estado dado por Mitre a Urquiza el 11 de septiembre de 1852 había desanexado a Buenos Aires casi por diez años del resto del país (aún lo conmemoramos en la estación cabecera del Ferrocarril Sarmiento).

Buenos Aires entrevé allí su destino europeo, con la posibilidad deseada de esa incorporación a un mundo bello alejado de la barbarie.



Una vez obtenido el puerto y la aduana, y convertida en territorio federal, esta ciudad corporiza en sus formas aquella necesidad de ser lo que no es. Y sobre el andamiaje político establecido por Mitre primero y la generación del 80 después empieza ese destino que troca vacas y trigo por posibilidades aristocratizantes, sin linajes previos.

A esto es indispensable sumarle el condimento de la inmigración masiva y la transformación social de la ciudad, lo que conforma un elemento diferenciador del resto del territorio.

Es allí donde se define un estilo de vida, de hacer política y de apropiarse del incipiente Estado que nace.

Es indudable que esa meseta por la que se decidió pastar, ese mundo idílico a la europea, empezó a mostrar sus grietas y fisuras para que irrumpieran otros que intentaron instalar nuevas dimensiones sociales en los destinos del país: el yrigoyenismo enfrenta y vence a aquel régimen a través de la organización y la movilización política de la población con su lucha ineludible contra el fraude y transforma a Yrigoyen en uno de los seres más odiados de los factores de poder, quienes azuzan a su chusma (y entiendo que de no haber existido Perón, Yrigoyen sería un personaje tan odiado como lo fue el General para estos sectores).

Pero el peronismo es el movimiento clave a la hora del ingreso de las mayorías en todas sus dimensiones a la cosa pública, y en adelante las cosas no serían igual.

Ambos procesos políticos definieron a los sectores denominados “medios”, ayudando a conformarlos y allanándoles el camino del ascenso social.

Durante todos esos procesos la ciudad creció y pasó a conformarse definitivamente como ciudad, dejando en su geología todos los rastros de estas transformaciones, en una secuencia de ascensos sociales que fueron conformando a esa clase media que se erige en el termómetro social del distrito. Un sector de orígenes diversos —y cierto protagonismo en cofradía—, que establece una hegemonía de los valores comunes a seguir por todos.

II.

Quizás haya en esas idas y vueltas algo de aquel viejo afán de posesiones, aprendido y macerado durante años a la medida de aquellas castas fundantes del cuentapropismo terrateniente, usurero y rentista.

Este sector que se acrecienta en los 60 se encuadra bajo ese ideal y se orienta a la búsqueda permanente de la pequeña ventaja para el ascenso,



que en algún momento no sólo podía estar dado por la tenencia real de bienes sino por el consumo de objetos, bebidas y accesorios importados que denotaban pertenencia y estatus.

Este ser aspiracional lleva consigo todas esas cargas históricas en su conformación y es muy capaz de allanarse el camino por atajos, no siempre dentro de la ley.

Es importante destacar este modo de ser que se funda básicamente en una marcada oposición a los sectores sociales relegados detrás suyo, en su intento por “subir la cuesta del gran reino animal”.

Aunque esa diferencia fue asumida y honrada por algunos al momento de la adscripción política, cuando el yrigoyenismo y el peronismo los llevó a ser sujetos de derechos políticos y sociales, contra ese sector tilingo que negó siempre la posibilidad de aquellos que venían de abajo (como muchos de ellos anteriormente).

Así es como una sensibilidad epidérmica invade a este sector al enfrentarse al avance de todos aquellos que articulan sus demandas y logran —a través de la política de las representaciones y las tomas de decisión— hacer que el Estado implemente políticas públicas que favorecen la igualdad social.

Es notable cómo muchos de los habitantes de la ciudad creen que todos sus logros de ascenso social son sólo responsabilidad de ellos y de un esfuerzo personal, y que aquellos logros que no han podido obtener se deben a gobiernos como el actual, que malgasta los fondos del Estado.

Allí anida el efecto del odio más residual, aquel que fuera soliviantado por una dictadura atroz que facilitó en plano tilingo la liberación de las fronteras para ir en la búsqueda de una docena de remeras y dos TV a color; aquel que dio por el suelo con la vieja idea del progreso fundado en el trabajo y la reemplazó por el “da lo mismo producir caramelos que acero”.

En esta etapa se empieza a definir un ser que redobla su mezquindad, entendiendo, al decir de Ariel Colombo en su artículo del número anterior de esta publicación, que “el progreso es considerado equivalente a la

Es notable cómo muchos habitantes de la ciudad creen que todos sus logros de ascenso social son sólo responsabilidad de ellos y de un esfuerzo personal, y que aquellos logros que no han podido obtener se deben a gobiernos como el actual, que malgasta los fondos del Estado.



movilidad individual, no el resultado de la movilización política que hace posible, eventualmente, el ascenso social”.

Sobre estas bases, y con los condicionantes quiebres heredados, a partir de la aparición en escena del neoliberalismo se construye un estamento social que tiene una prédica difusa pero clara a la hora de tomar decisiones y que por lo general se expresa en una irremediable pérdida de vida social.

III.

Sobre ese sustrato vemos cómo Buenos Aires se convierte en un lugar refractario al avance político ocurrido en la región en la última década. Y cómo esos centros urbanos pierden relación con lo que ocurre en otros lugares del país, generando un fenómeno por el cual el gobierno nacional articula mayorías a pesar de esos distritos.

Esta ciudad lleva ya siete años de gobiernos del PRO, que ha logrado cierta vigencia en el distrito; este hecho invita a preguntarse acerca de los sectores que lo acompañan.

Así, el PRO aparece como un partido en el que hay un líder fuerte que detenta representatividad en todos los sectores sociales de cara a las próximas elecciones nacionales.

Cabalgando sobre todos los clichés mencionados y temidos por la epidermis aspiracional de estos sectores, se establece un diálogo que insta a la construcción política desde la “no política”, endilgando responsabilidades farandulescas o deportivas hasta reducirlas al simple conocimiento del candidato, pues para lo demás hay equipos que sólo piensan en solucionar “los verdaderos problemas de la gente”.

Así, a la manera de un servicio de reparaciones, se establece una empatía que borra la distancia entre el político y la gente, al fuego lento de los grandes aparatos de comunicación, verdaderos fogoneros de este estilo.

Pero la instalación de este proceder debe leerse en algunas de aquellas viejas causas enumeradas al principio de este artículo: la política aspira deliberadamente a convencer a nuestras clases medias que ellos no son esto que les plantea el gobierno, que ellos no son sujetos de derecho —pues ya lo ejercen—, y que deben buscar su destino de primer mundo, entrar por esa puerta a constituir su verdadera identidad de europeos y volver al mundo, sumarse a la burbuja de la globalización.



Las bases establecidas por el Proceso de Reorganización Nacional fueron acompañadas a sangre y fuego por buena parte de lo que conforma la justicia y los medios de comunicación hegemónicos. Estos sectores subieron un peldaño más con el menemismo, autor en estas tierras de la actual forma de hacer política del PRO y otros candidatos mediante el encumbramiento de la farándula y de empresarios a cargo del Ministerio de Economía.

Sobre esas ideas y con remozadas prácticas, el PRO convoca a su epopeya de terminar con la decadencia argentina, jugando con el imaginario de los sectores aspiracionales a salir del yugo en el que los metió el peronismo, cierto radicalismo y todo este populismo.

IV.

Por eso, como decíamos, muchos de nuestros vecinos porteños creen que todo lo han ganado sin ayuda, y por eso quieren vencer proyectando estos deseos al plano nacional desde la ciudad-puerto, una vez más.

Ante este avance restaurador es importante detenerse para analizar que, así como se estructura este polo aspiracional, también se conforma otro (y tal vez esta sea la verdadera grieta): el de un nuevo sector social de clases medias surgido al amparo del kirchnerismo.

Estamos ante una etapa donde se juegan muchas formas y contenidos de la democracia, pero estamos en la etapa más cercana a la plenitud democrática desde la reconquista del 83.

De seguir adelante con este proyecto, el país podrá superar esta etapa como una transición; y si no es así, también está claro que en el llano de estas pampas han comenzado a cabalgar nuevas definiciones de un movimiento popular con clara vocación de poder.

La política está en el centro de la escena y ordena a todos los actores, redefiniendo lugares y tendiendo a la conformación de dos bloques claros a la hora de sumar mayorías.

Si en otras épocas esto se desbarataba con un golpe militar, hoy la derecha aprendió que en democracia las cosas se deben hacer de otro modo y busca entrar en los procesos electorales exitosos de la mano de las grandes maquinarias publicitarias, valiéndose además de los medios privados de comunicación como su arma principal.

El PRO convoca a su epopeya de terminar con la decadencia argentina, jugando con el imaginario de los sectores aspiracionales a salir del yugo en el que los metió el peronismo, cierto radicalismo y todo este populismo.



Pero lo más importante de estos años fue la centralidad de la política como la gran dadora de sentidos y la reconstrucción del Estado como herramienta central para el desarrollo del país.

Los temas que movilizaron a los porteños, como los derechos humanos, el matrimonio igualitario, la asignación universal, las inversiones en investigación y educación, etc., le dan al kirchnerismo un importante piso en la ciudad. A partir de allí no es muy difícil entender por qué los restos fósiles y poderosos del poder judicial se alían tan fuertemente a los medios de comunicación para evitar que estos sean democratizados: saben que en su alianza con sectores como el PRO, los valores simbólicos y aspiracionales de los sectores medios están en pie, y les muestran la utopía de vencer al populismo.

Tenemos el deber de encontrar otro sentido para la ciudad, donde el otro seamos todos, más allá de la General Paz y el Riachuelo.

Los argentinos —algunos sin saberlo— en estos diez años hemos llegado al final absoluto de lo que significó la dictadura militar. Nunca vivimos un proceso democrático como este, donde está en discusión el futuro del país. Y en esos caminos cavernosos que aún permanecían ondulantes se dejaron ver y oír sus estertores y la fina y sensible trama que los soporta, amparada en las resistencias al cambio de los medios y la justicia.

El ser aspiracional se siente acorralado, sabe que se juega mucho y quiere ir por más; se moviliza, sale a la calle, pero debe saber que si sus referentes quieren gobernar, deberán satisfacer los intereses de los argentinos y no los de una minoría intensa.

En su archivo de amarguras figura un capítulo sobre aquel grito de guerra de “piquete y cacerola”, y lo asusta ese recuerdo, que no prioriza el momento solidario sino más bien el espanto de una alianza circunstancial. Por eso, quisiera ver huir escarmentado a su oponente para que se tomara nota y esto no vuelva a ocurrir.

Pero, por suerte, en política uno más uno no es dos, y el país está sembrado de nuevos actores sociales que están redefiniendo sus identidades. Están en sus trabajos, cooperativas, empresas recuperadas, gremios, concejos deliberantes, diputaciones, cátedras, Estado nacional, barrios, intendencias y gobernaciones, es decir, en una gran cantidad de espacios institucionales que también vigilan el avance de estos sectores restauradores y cuidan sus conquistas.



Por eso, nuestro ser aspiracional porteño, que vive en el lugar más rico del país, conectado al mundo y sus avances, irradiando tendencias, llegado desde distintos lugares o del exterior, deberá darse cuenta que para muchos de nosotros llegó la hora de empezar a construir otros sentidos en esta ciudad argentina, sudamericana e integrada a su país.

Debemos pensar en fortalecer estos nuevos sectores medios que a la luz de las políticas de inclusión entienden que hay cosas que cambiaron, sectores que tímidamente se muestran para sorpresa incluso de la militancia. Los que aparecieron en las exequias de Néstor, los que conformaron el 54% de Cristina y los que se desplazaron a la Plaza del Congreso el primero de marzo de este año.

El esfuerzo debe ser para una refundación de Buenos Aires, distinta a todas las que tuvo y que siempre fueron concebidas y representadas como reconstrucciones de la nación.

Buenos Aires debe pensarse a sí misma y en el contexto regional. Este es el desafío para que estos nuevos sectores no se sumen a aquel ser aspiracional, continuando con la traición a su procedencia luego de haberse acomodado un poco más arriba en la pirámide social.

Tenemos el deber de encontrar otro sentido para la ciudad, donde el otro seamos todos, más allá de la General Paz y el Riachuelo. ●

